

con obras, y con obras muy costosas, que es en lo que mas se descubre y echa de ver el amor; y asi dice San Ambrosio: Mas os debo, Señor, por lo que hicistes por mí en redimirme, que por lo que hiciste en criarme (1). Gran beneficio fué el criarnos; pero al fin eso no os costó trabajo ninguno, no fué menester mas de decirlo, y luego fué hecho (2). Pero el redimirnos mas os costó que decirlo, porque os costó la sangre y la vida.—Pues mostremos nosotros el amor que le tenemos, no con palabras, sino con obras, dice San Juan (3). El Hijo de Dios nos mostró el amor que nos tiene, en ser despreciado y abatido por nosotros: mostrémosle á él el amor que le tenemos, en desear ser despreciados y tenidos en poco por él, y en holgarnos cuando se ofrecè la ocasion de la humillacion y de la mortificacion. Él nos mostró el amor que nos tenia, en ofrecerse á sí mismo enteramente en sacrificio al Padre Eterno en la cruz, en tanto que no le quedaba cosa que no lo ofreciese todo por nuestro amor. Mostremos tambien nosotros el amor que le tenemos, ofreciéndonos y entregándonos enteramente á él y dándole todo nuestro corazon, deseando que se haga su voluntad en nosotros en todo y no la nuestra. En esto se echa de ver el amor, no en palabras, ni en decir con la boca: Señor, mucho os amo. Y asi declaran los Santos aquello del Apóstol Santiago: "La paciencia tiene obra perfecta (4)," porque el que abraza y lleva bien el trabajo, la mortificacion y humillacion, da testimonio que el amor que tiene no es palabrero, sino obrador y verdadero, pues no falta en el

(1) Plus igitur Domine Jesu, injuriis tuis debeo, quod redemptus sum, quam operibus quod creatus sum. *Ambr. lib. 2, super Luc.*
 (2) Ipse dixit, et facta sunt; ipse mandavit, et creata sunt. *Ps. XXXII, 9; CXLVIII, 5.*
 (3) Filii mei, non diligamus verbo neque lingua, sed opere, et veritate. *I. Joann. III, 18.*
 (4) Patientia autem opus perfectum habet. *Jacob. I, 4.*

tiempo de la tribulacion y tentacion, que es el tiempo donde se prueban los verdaderos amigos.

Este es uno de los mas principales frutos que tenemos de procurar sacar de la meditacion de la Pasion, y asi tenemos de procurar ejercitarnos mucho en esto en la oracion, y particularmente en ofrecernos enteramente y de todo corazon á Dios para que haga de nosotros lo que quisiere, como quisiere, cuando quisiere, y de la manera que quisiere, descendiendo en esto á casos particulares y dificultosos que se nos podrian ofrecer, no dejando lugar, ni oficio, ni grado, por bajo é infimo que sea, á que no nos ofrezcamos por su amor; porque este es un ejercicio de grandísimo provecho, y de muy grande perfeccion, y en que se muestra mucho el verdadero amor.

CAPITULO VI.

Del afecto de gratitud y hacimiento de gracias.

El cuarto afecto, en que nos tenemos de ejercitar en la oracion y meditacion de la Pasion, es en hacimiento de gracias. Dice San Agustin: "¿Qué cosa mejor podemos traer en el corazon, pronunciar con la boca y escribir con la pluma, que esta palabra: *Gracias á Dios?* No hay cosa que se pueda decir con mas brevedad, ni oír con mas alegría, ni sentir con mayor alteza, ni hacer con mayor utilidad (1)." Estima Dios tanto este agradecimiento y hacimiento de gracias, que en haciendo él algun señalado beneficio á su pueblo, luego queria (2) que le cantasen un cántico de alabanzas. Y tenemos llena la Escritura de cánticos

(1) Quid melius, et animo geramus, et ore promamus, et calamo exprimamus, quam Deo gratias? Hoc nec dici brevius, nec audiri lætius, nec intelligi grandius, nec agi fructuosius potest. *August. Epist. 77.*
 (2) Immola Deo sacrificium laudis. *Ps. XLIX, 24.*

que hacian los Santos y los hijos de Israel en hacimiento de gracias por los beneficios que recibian de la mano del Señor. San Gerónimo dice (1) que era tradicion de los hebreos, que aquella enfermedad (2) que tuvo el rey Ezequías, que le puso á punto de muerte, fué porque después de aquella tan insigne y milagrosa victoria que Dios le habia dado contra los asirios, matando el Angel del Señor en una noche ciento y ochenta mil de ellos, no habia cantado á Dios cántico de alabanza, como solian hacer los demas en semejantes beneficios. San Agustin, tratando de aquellos diez leprosos, que Jesucristo sanó, pondera muy bien que alabó el Redentor del mundo al que volvió á darle gracias por el beneficio recibido, y reprendió á los demas que habian sido ingratos y desagradecidos (3). Pues no seamos nosotros ingratos á los beneficios que tenemos recibido de la mano de Dios, y especialmente al mayor de los beneficios, que es haberse hecho hombre y puesto en una cruz por nosotros. "La gracia que te hizo tu fiador, no la olvides; porque dió su vida por tí," dice el Sábido (4). Salió Cristo por nuestro fiador y pagó por nosotros, dando su sangre y su vida: razon es que no nos olvidemos de tan gran merced y beneficio, sino que seamos agradecidos.

Santo Tomás, tratando de la gratitud, dice (5) que de tres maneras puede ser el hacimiento de gracias; la primera, interiormente con el corazon, reconociendo y esti-

(1) S. Hieron., *lib. 11 super Isai. cap. 39.*
 (2) Egrotavit Ezechias usque ad mortem. *IV. Reg. XX, 4.—Isai. XXXVIII, 1.—IV. Reg. XIX, 35.—II. Paral. XXXII, 21.*
 (3) Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt? non est inventus, qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hic alienigena. *Luc. XVII, 48.—Aug. serm. 10 de verbis Apostoli.*
 (4) Gratiam fidejussoris tui ne obliviscaris, dedit enim pro te animam suam. *Ecl. XXIX, 20.*
 (5) S. Thom. 2-2, q. 407, art. 2.

mando la grandeza del beneficio, y teniéndose por muy obligado á tal bienhechor. La segunda, alabándole y dándole gracias con palabras. La tercera, recompensando con obras el beneficio, conforme á la facultad del que lo recibe. Pues de todas estas tres maneras nos tenemos de procurar ejercitar en este hacimiento de gracias, en cualquier misterio de la Pasion. Lo primero, reconociendo con el corazon la grandeza de tales y tantos beneficios como en cada misterio se encierran, y estimándolos en mucho; ponderando muy por menudo todas las circunstancias de ellos y todos los bienes que por ellos nos han venido y vendrán para siempre, y estarnos conociendo y confesando por obligados á servirle perpétuamente por ellos con todas nuestras fuerzas. Lo segundo, alabando y glorificando tambien con nuestros lábios á Dios, y deseando que todo lo criado nos ayude á alabarle y darle gracias por ellos, conforme á aquello de San Pablo: "Por él, pues, ofrezcamos hostia de alabanza siempre á Dios; esto es, el fruto de los lábios que confiesen su santo Nombre (1)." Lo tercero, procurando de corresponder con obras á tantos beneficios, ofreciéndole y entregándole todo nuestro corazon, como decíamos en el capítulo pasado.

Dice San Bernardo que en cualquier misterio que consideremos tenemos de hacer cuenta que nos dice Cristo nuestro Redentor aquellas palabras que dijo á sus discípulos después de haberles lavado los pies: "¿Sabéis lo que he hecho con vosotros (2)? ¿Entendeis ese misterio? ¿Entendeis ese beneficio de la creación, de la redencion, de la vocacion? ¡Oh! que no conocemos ni entendemos lo que Dios ha hecho por nos-

(1) Per ipsum ergo offeramus hostiam laudis semper Deo. Id est, fructum laborum constantium nominis ejus. *Ad Hebr. XIII, 15.*
 (2) Scitis quid fecerim vobis? *Joann. XIII, 12.*

otros, que si yo conociese y ponderase bien que vos, Señor, siendo Dios, os hicistes hombre por mí, y os pusistes en una cruz por mí, no habia menester otro motivo para derretirme en vuestro amor y entregaros todo mi corazon, y ese seria el verdadero agradecimiento.

Nota aqui San Crisóstomo una cosa de mucho provecho. Dice (1) que es afecto y sentimiento de siervo fiel estimar los beneficios de su Señor, que son comunes á todos, y agradecerlos como si á él solo se hicieran y él solo fuera el deudor y estuviera obligado á satisfacer por todos ellos, como lo hacia el Apóstol San Pablo cuando decia: "Que me amó á mí, y se entregó á la muerte por mí (2)." Con mucha razon decia esto, y lo podemos decir nosotros, dice San Crisóstomo, pues tanto me aprovecha el beneficio á mí, como si á mí solo se hubiera hecho. Como la lumbre del sol tanto me alumbrá á mí, como si á mí solo alumbrase, y el alumbrar á otros no disminuye el don, antes le acrecienta, porque alumbrando á otros me dá compañeros que me ayuden y consuelen y me hagan bien. Asi el haberse hecho Dios hombre, y padecido muerte de cruz, tanto me aprovecha á mí, como si por mí solo se obrara. Y el aprovechar á otros no disminuye mi provecho; antes le aumenta mucho, porque me dá compañeros que me amen y alegren, y ayuden á merecer y á acrecentar la gloria. Y mas: que fué tan grande el amor de Dios para con cada uno, como si á él solo y no á otro amara; y cuanto fué de parte de la voluntad y amor de Cristo, tan dispuesto estaba á padecer y obrar estos misterios por cada uno, si fuera menester, como por todos. Y de hecho, dice San Crisóstomo

(1) Chrysost. lib. 2 de compunct. cordis.
(2) Qui dilexit me, et tradidit semetipsum pro me. Ad Galat. II, 20.

mo (1), fué tanto el amor de Cristo que no rehusara hacer por uno solo lo que hizo por todo el mundo. Y mas: que es verdad que se acordó Dios de mí en particular, y me tuvo presente delante de sus ojos cuando se hizo hombre y cuando murió en la cruz, segun aquello: "Te amé con perpétua caridad (2);" y dió por bien empleada su muerte, por darme á mí vida. De manera, que cada uno ha de considerar los misterios y beneficios del Señor, como si por él solo se hubieran obrado. Y tambien el amor de donde nace el beneficio, le ha de considerar cada uno como si á él solo hubiera Dios amado; y decir con San Pablo (3), que me amó á mí y se entregó á la muerte por mí. Considerados de esta manera los beneficios y el amor de donde procedieron, despertarán en nuestra alma grande agradecimiento y grande amor á aquel que siempre y con caridad perpétua nos amó.

Añaden los Santos (4) que el pedirnos Dios que le hagamos gracias por sus beneficios, no es porque él haya menester que se lo agradezcamos; sino todo es para mayor bien y provecho nuestro: para que de esa manera nos hagamos dignos de nuevos beneficios. Dice San Bernardo que así como la ingratitud y olvido de los beneficios recibidos es causa de que Dios vaya despojando al hombre de ellos, pues «la ingratitud es un viento abrasador que todo lo seca, y consume, y detiene, y cierra la fuente de la divina misericordia (5):» así la gratitud, el dar gracias á Dios por los beneficios, es causa que Dios los vaya conservando y acrecentando. Como los rios cor-

(1) Chrys. ad Galat.
(2) In charitate perpetua dilexi te. Jerem. XXXI, 3.
(3) Ad Galat. II, 20.
(4) Chrys. hom. 25 in Gen.
(5) Ingratitudo est ventus urens fontem pietatis; exsicans rorem misericordiae, et gratiae fluentia non recipiens. Bern. serm. contra vitium pessimum ingratitudinis, et serm. 1 in cap. jejuniis.

ren á la mar, que es como fuente de ellos, para volver á salir de ella: así cuando volvemos á Dios los beneficios recibidos con hacimiento de gracias, vuelven á manar en nosotros nuevos dones y beneficios.

CAPITULO VII.

De los afectos de admiracion y esperanza.

El quinto afecto, en que nos podemos ejercitar en la oracion y meditacion de la Pasion, es admiracion; deteniéndonos y admirándonos de que padezca y muera Dios, que es impasible é inmortal; admirándonos de que padezca y muera por aquellos mismos que le dan la muerte, y tan indignos eran de todo bien; admirándonos que padezca tantos y tales dolores y tormentos cuales ningun hombre mortal jamás padeció; admirándonos de la inmensa caridad y piedad de Dios, y de su infinita sabiduría, y del consejo altísimo que de ella salió, escogiendo un remedio tan convenientísimo para salvar al hombre, con el cual cumpliese juntamente con su misericordia y con su justicia. Estarse uno considerando estas cosas y otras semejantes, que aquí resplandecen, muy de espacio, ponderándolas y admirándose de ellas y de la bondad infinita del Señor que por criaturas tan viles y tan indignas é ingratas las obró, es muy buena oracion. Y aun esa tienen por muy alta contemplacion estarse uno embebecido y absorto, considerando y ponderando las obras maravillosas de Dios. Y cuanto uno tuviere mayor luz y conocimiento de estos misterios, y mas los ponderare, mas se admirará, y en aquella admiracion está encerrado un amor grande de Dios y un reconocimiento y agradecimiento grande de sus beneficios, y una confusion grande nuestra. Y así habemos de procurar ejercitarnos muchas veces en este santo afecto, porque

sacaremos de ello grandes provechos. En los Salmos pone muchas veces la Sagrada Escritura, en el hebreo, al fin de los versos, aquella palabra: *Selá*, que denota pausa, ponderacion y admiracion de aquel misterio, para enseñarnos que nos habemos de detener en este afecto en los misterios que meditamos.

Lo sexto que podemos sacar de la meditacion de la Pasion, es una esperanza y confianza grande en Dios, porque considerando el alma lo mucho que Dios ha hecho por ella, sin haberlo merecido; antes habiéndolo desmerecido, y considerando la voluntad y gana tan grande que muestra Cristo nuestro Redentor de mi salvacion, pues esa es la sed que en la cruz dijo que tenia; levántase con esto á esperar de tal bondad y misericordia que le dará todas las cosas necesarias y convenientes para su salvacion. Dice el Apóstol San Pablo: "El que nos dió á su Unigénito Hijo y le entregó por nosotros á muerte de cruz, todo nos lo dió con él (1)." Y si esto hizo Dios por nosotros, aun siendo enemigos, ¿qué hará cuando procuramos ser amigos? Nótese mucho esta razon, que es del Apóstol, y es grandísimo consuelo: "Si siendo enemigos y andando nosotros ofendiendo á Dios, nos miró él con ojos de misericordia y nos reconcilió tan á costa suya, ahora que somos amigos y que no le ha de costar la sangre y la vida como entonces, sino que está ya hecha toda la costa, ¿con qué ojos nos mirará (2)?" El que nos amó estando afeados por nuestros pecados, haciéndonos tanto bien, ¿cómo no nos amará ahora que nos ha limpiado y emblanquecido con su sangre preciosa? Si cuando nos-

(1) Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit? Ad Rom. VIII, 32.
(2) Si enim, cum inimici essemus, reconciliatus sumus Deo per mortem Filii ejus, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius. Ad Rom. V, 10.

otros huíamos de él y resistiamos á sus inspiraciones, todavia nos buscaba y nos convidaba, y no nos dejó hasta traernos á su casa, ¿cómo nos dejará y olvidará despues de traídos?

Ayudarános tambien mucho para sacar este afecto de confianza, cavar y ahondar en la misericordia grande de Dios, que para eso nos canta la Iglesia que es propio de Dios tener misericordia y perdonar (1). Es verdad que Dios tambien es justiciero, y tan grande es en él su justicia como su misericordia, porque en Dios todo es una misma cosa; pero la obra mas propia de Dios, y lo que él hace de suyo y mas de voluntad, y la virtud que mas usa, es la misericordia, como lo canta el Real Profeta: "Para todos es bueno y suave el Señor; pero sobre todas sus obras la misericordia es la que campea y resplandece mas (2)." Esa es la obra que se dice mas suya: tanto, que por antonomasia y escelencia se llama obra de Dios. Y el Apóstol llama á Dios "rico en misericordia (3)." Es manera de hablar, para significar escelencia en aquello. Como decimos acá: «Fulano es rico en ganado,» asi Dios en lo que es mas rico, en lo que tiene escelencia y eminencia grande su riqueza, es en misericordia. «Dios, que principalmente manifiestas tu omnipotencia, perdonando y teniendo misericordia (4),» le canta la Iglesia. Eso es en lo que se manifiesta mas la omnipotencia y grandeza de Dios, en perdonar y tener misericordia, y de eso se precia él mas. Como vemos que suele tambien acá un caballero, que tiene muchas gracias, preciarse mas

(1) Deus, cui proprium est misereri semper, et parcere.
(2) Suavis Dominus universis, et miserationes ejus super omnia opera ejus. Ps. CLXIV, 9.
(3) Deus autem, qui dives est in misericordia. Ad Eph. II, 4.
(4) Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo, et miserando maxime manifiestas.

de la una, uno de justo, otro de liberal, asi Dios se precia mas de ser misericordioso. Y así, dice San Bernardo (1), el tener misericordia es obra propia de Dios y lo que él hace de suyo; porque de su naturaleza está manando misericordias y beneficios. Y no ha menester nuestros merecimientos, ni depende de eso para usar con nosotros de misericordia; pero el castigar, es como ageno de Dios; porque para eso es menester que nosotros le provoquemos y compelmos á ello con nuestros pecados. Como la abeja, que su condicion y propiedad es hacer miel; pero el punzar, eso no lo hace ella sino cuando la molestan y provocan á ello; como por fuerza, y provocada con injuria, viene á hacer eso; asi Dios, cuando viene á castigar á uno y condenarle, es como por fuerza, provocado y como compelido de nuestros pecados. Y aun entonces, cuando muy provocado y como compelido viene á castigar, declara muy bien su misericordia en el dolor y sentimiento que muestra, como se ve en muchos lugares de la Escritura. Cuando creciendo la maldad en los hombres, quiso Dios enviar el diluvio, dice el texto: "Tocado de un intimo dolor del corazon, quitaré, dijo (2), al hombre que crié, de sobre el haz de la tierra." Parece que le llegaba al corazon haber de asolar el mundo. Y cuando anunció la ruina de Jerusalem, dice el Sagrado Evangelio (3), que lloró Cristo nuestro Redentor. Y por Isaias dice: "¡Ay! que me tengo de vengar de mis enemigos (4)," como el juez, que no puede dejar de firmar la sentencia de muerte; pero firmala con lágrimas.

(1) Bernard. serm. 5 de Nativit. Domini.
(2) Et tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem, quem creavi, a facie terrae. Gen. VI, 6.
(3) Videns civitatem flevit super illam. Luc. XIX, 41.
(4) Heul consolabor super hostibus meis, et vindicabor de inimicis meis. Isai. I, 24.

Y no solo en esto, sino en el mismo castigo y juicio con que Dios nos amenaza y nos quiere poner temor, se echa bien de ver su amor y misericordia infinita y el deseo grande que tiene de nuestra salvacion. San Crisóstomo nota esto muy bien sobre aquello del Profeta: "Si no os convirtieredes, su arco ha tendido, y en él ha prevenido los instrumentos de la muerte, sus saetas las ha forjado para los que arden (1)." Clemencia y piedad grande es del Señor, dice el Santo, amenazarnos con arco y espantarnos, y exajerar con palabras el castigo para que no vengamos á caer en él. Háse Dios con nosotros á la manera que se suelen haber acá los padres que aman mucho á sus hijos, que muestran su enojo con palabras encarecidas, y dicen que harán y acontecerán para que el hijo tema, y se enmiende con aquello, y no sea menester venir al castigo. Y mas, que la espada hiere de cerca; pero el arco y la ballesta hieren de lejos; y para herir con la espada, no es menester sino echar mano y dar el golpe; pero para herir con el arco, es menester armarle primero, y sacar las saetas del aljava, y ponerlas en él, y al armar y desarmar hace ruido, y por eso nos amenaza el Señor con arco, para que tengamos tiempo de huir el castigo y librarnos de él, conforme á aquello del Profeta: "Diste señas á los que te temen, para que huyan del furor del arco y para que se libren tus amados (2)." Y para destruir el mundo con el diluvio, dió el pregon cien años antes, para que se recogiesen los hombres, como quien quiere soltar el toro. Todo es amor y deseo de no castigar, si pudiese ser. Y en la Ho-

(1) Nisi conversi fueritis, arcum suum tetendit, et paravit illum. Et in eo paravit vasa mortis, sagittas suas ardentibus effecit. Ps. VII, 13.
(2) Dedisti metuentibus te significationem, ut fugiant a facie arcus, ut liberentur dilecti tui. Ps. LIX, 6.

milia diez y siete sobre el Génesis, tratando de cómo Dios castigó á la serpiente, porque habia engañado á Eva, dice el mismo San Juan Crisóstomo: mirad la misericordia grande de Dios, que asi como acá un padre, que ama mucho á su hijo, no se contenta con castigar al que le mató, si no toma la espada ó lanza con que le mató y hácela mil pedazos: asi hace Dios nuestro Señor con la serpiente, que fué como la espada y el instrumento de la malicia del demonio, condenándola á pena perpétua. Que no quiere Dios la muerte del pecador, ni se huelga con la perdicion de los hombres; que si eso fuera, harta ocasion habeis dado; porque si os hubierades muerto cuando vos sabeis, ya estuviérades en el infierno muchos años há, y no quiso aquella bondad y misericordia infinita dar licencia á la muerte, ni al demonio para eso. Dice Dios por el Profeta Ezequiel (1), que no quiere él que os condeneis, que le costastes muy caro; su sangre y vida le costastes, y asi no querria que se perdiese tan caro precio, sino que todos se convirtiesen y salvarsen, como dice el Apóstol San Pablo (2). De estas y otras semejantes consideraciones, de que tenemos llena la Sagrada Escritura y los Santos, nos habemos de ayudar para confiar mucho en la misericordia de Dios, y especialmente de lo que ahora tratamos que es acogernos á la Pasion y méritos de Jesucristo.

CAPITULO VIII.

De la imitacion de Cristo que habemos de sacar de la meditacion de sus misterios.

Lo sétimo que habemos de sacar de la

(1) Numquid voluntatis meae est mors impii, dicit Dominus Deus: et non ut convertatur a viis suis et vivat? Ezech. XVIII, 23.
(2) Qui omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. I. ad Tim. II, 4.

meditacion y oracion de la Pasion y en que nos habemos de ejercitar en ella, es imitacion de las virtudes que allí resplandecen en Cristo. Dos son las causas principales, dicen los Santos (1), para que el Hijo de Dios vino al mundo, haciéndose hombre y obrando estos sacratísimos misterios. La primera y principal fué para redimir al hombre con su Muerte y Pasion. La segunda, para dar á los hombres ejemplo perfectísimo de todas las virtudes y persuadirles con él que le imitasen y siguiesen en ellas. Y por eso, habiendo hecho en la última cena aquella obra de tan profundísima humildad, como fué hincarse de rodillas delante de sus discípulos, y lavarles los pies con sus divinas manos, les dijo luego: «Héos dado ejemplo, para que hagais de la manera que yo he hecho (2).» Y lo que entonces avisó de aquella obra, quiso que entendiésemos de todas las demás, como lo significó el Apóstol San Pedro en su primera Canonica, donde hablando de la Pasion del Señor, dice: «Cristo padeció por nosotros dejándonos ejemplo para que sigais sus pisadas (3).» Y así dice el bienaventurado San Agustin: «La cruz, no solo es cama en que muere Cristo, sino es también Cátedra de la cual nos está enseñando con su ejemplo lo que habemos de hacer é imitar (4).» Y aunque toda la vida de Cristo fué un perfectísimo ejemplo y dechado de virtud; pero en su Pasion parece que quiso recopilar lo que en toda su vida por palabra y ejemplo nos había enseñado, haciendo que resplandeciesen en ella en sumo grado todas las virtudes. Y así habemos de procurar sacar de la consideracion de estos misterios afectos de imita-

(1) Bas. in constit. Monast. cap. 2.

(2) Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis, Joann. XIII, 15.

(3) Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. I. Petri II, 21.

(4) Crux Christi non solum est lectulum morientis, sed et Cathedra docentis. Aug. trat. 119 in Joann.

cion de las virtudes de Cristo, considerando y ponderando despacio y con atencion, cada virtud de por sí, y sacando de allí en la voluntad una aficion y deseo grande de ella, y una determinacion y propósito eficaz de ejercitar y poner por obra sus actos y operaciones, y un odio y aborrecimiento grande del vicio contrario. Como considerando la humildad de Cristo, que siendo Dios se abajó tanto y se ofreció de voluntad á los desprecios y afrentas de los hombres, y á tales afrentas; háse de estar el hombre allí despreciando á sí mismo, teniéndose por cosa pequeña y vil, y estar deseando de corazon que no le honren, ni le estimen, ni le den ventaja sobre los otros, y estar proponiendo que si le sucediesen algunas afrentas y desprecios de los hombres, los sufriría de buena gana, y se holgaría que se le ofreciesen, por imitar y parecer en algo á Cristo nuestro Señor. Y de la misma manera, considerando la paciencia de Cristo, ha de estar allí proponiendo con la voluntad sufrir y aceptar de buena gana cualesquiera cosas adversas que le sucedieren, y desear que se le ofrezcan, y que Dios le envíe trabajos y penas en esta vida, por imitar á Cristo nuestro Señor. Decía San Buenaventura: «No quiero, Señor, vivir sin llagas y dolores, pues os veo á vos tan lleno de ellas (1).» De esta manera habemos de ir discurrendo por todas las demás virtudes, por la obediencia, por la caridad, por la mansedumbre, por la castidad, por la pobreza, por la abstinencia, pues todas resplandecen allí, ejercitándonos en deseo de imitar á Cristo en todas ellas.

Y háse de advertir aquí, y lo tocamos también arriba (2), que en cada virtud ha-

(1) Nolo, Domine, sine vulnere vivere, quia te video vulneratum. Bonav.

(2) Trat. 3, cap. 27.

bemos de descender á los casos particulares que se nos pueden ofrecer, aceptándolos y holgándonos con ellos por amor de Dios, porque eso es lo que aprovecha mas que las generalidades y lo que habemos mas menester. Como si tratais de la virtud de la humildad, habeis de descender á imaginar los casos particulares que se suelen ó pueden ofrecer de vuestro desprecio y desestima. Primero los mas fáciles, y despues otros mas dificultosos que os parece que sentiríades mas si se os ofreciesen; y habeis de estar allí actuando y holgando en ellos como si los tuviédes presentes. Y de la misma manera, cuando tratais de la indiferencia, paciencia, mortificacion ó conformidad con la voluntad de Dios, porque de esa manera se va poco á poco embebiendo la virtud en el alma, y remitiendo y mitigando la pasion y vicio contrario: y de esa manera se os hará mas fácil la obra despues cuando se os ofrezca la ocasion, como á quien estaba ya prevenido y apercebido para ella, y para eso son los deseos y propósitos de la oracion. Con esto habemos dado muy copiosa y abundante materia, y muy rica y provechosa, para deténeros en la oracion y meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Señor, y también en los misterios de su vida santísima. Y no podrá decir nadie con razon, que no sabe qué hacer, ni en qué entretenerse en ella; pues habemos dicho tantos afectos en que en cada punto nos podemos detener. A lo cual se añade, que en cada misterio y en cada afecto de esos, para movernos mas á él, podemos considerar y ponderar las cosas siguientes: lo primero, quién es el que padece; lo segundo, qué es lo que padece; lo tercero, el modo con qué lo padece; conviene á saber, la paciencia, humildad, mansedumbre y amor con que sufre y abraza aquellos trabajos y afrentas; lo cuarto, por quién lo padece; lo quinto,

de quién; lo sexto, el fin por qué lo padece: que son unos puntos que comunmente ponen y ponderan aquí los Santos, en que nos podemos detener con mucho provecho.

Y aunque no hubiera otra cosa, en solo el postrero afecto de la imitacion tenemos materia para toda la vida, lo cual se verá claramente por dos vias. Lo primero, porque podemos discurrir por todas las virtudes, pues de todas tenemos necesidad y todas las hallaremos allí en Cristo. Lo segundo, porque si en cada virtud vamos discurrendo por los casos particulares que se suelen y pueden ofrecer, y los habemos de dejar todos allanados, y tan allanados que no solamente los llevemos con paciencia, sino con gozo y alegría, conforme á lo que decíamos arriba (1), tenemos bien en qué entender toda la vida, aun en una sola virtud, cuanto mas en tantas. Y así digo, que aunque los demás afectos son muy principales, pero este de la imitacion es mas principal, mas necesario que todos, porque contiene el afecto del amor de Dios y abraza todos los actos de las virtudes. De manera, que la imitacion no es un afecto solo, sino un compendio y suma de todos los afectos santos en que consiste la vida cristiana y la perfeccion de ella. Y así, este ha de ser nuestro entretenimiento ordinario en la oracion de la Pasion de Cristo y de su vida santísima, y el fruto principal que habemos de procurar sacar de ella, insistiendo cada uno en la imitacion de aquella virtud de que tiene mas necesidad, deteniéndose, y cavando, y ahondando, y actuándose en ella, hasta que se le vaya embebiendo, y arraigando, y entrañando en el corazon, y se vaya mitigando y apaciguando la pasion y vicio contrario, y despues pasar á otra virtud, y despues á otra. Y esto es mejor y de mas provecho que pi-

(1) Trat. III, cap. 27.

car en la oracion en muchas cosas y pasar ligeramente por ellas.

CAPITULO IX.

En que se confirma con algunos ejemplos cuán provechosa y agradable sea á Dios la meditacion de la Pasion de Cristo nuestro Redentor.

Silvestro refiere de Santa Maria Magdalena (1), que habiéndose retirado, despues de la Ascension de Cristo nuestro Redentor, á un desierto, donde perseveró por espacio de treinta y dos años, quiso nuestro Señor enseñarle en qué ejercicio se habia de ocupar en aquella soledad con que mas le agradase y le fuese mas acepta. Y para esto le envió al principio al arcángel San Miguel, con una hermosísima Cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que teniéndola delante la Santa á todas horas, sin poderla perder de vista, tampoco pudiese perder de vista los sagrados misterios que ella representaba y en ella se habian obrado. Y asi, todo el tiempo que estuvo en la soledad, meditaba continuamente en estos misterios de la Pasion y muerte de su Redentor y Maestro. Esto reveló la Santa á un siervo de Dios de la orden de santo Domingo, como mas largamente lo refiere el mismo Silvestro.

Ludolfo Cartusiano cuenta de un siervo de Dios (2) que vivia en soledad con vida muy perfecta y santa, que deseaba mucho servir á nuestro Señor, y saber en particular qué obras y servicios le eran mas agradables para hacerlos por su amor; pedia al Señor con mucho fervor é instancia se lo manifestase; y estando una vez en oracion pidiendo lo que solia, se le apareció Cristo

(1) Silvester in Rosa Aurea de Sancta Maria Magdalena. (2) Ludolphus de Saxonia, Cartuxiensis, in Vita Christi, in prooemio Passionis.

todo llagado, todo desnudo y temblando, con una pesada cruz sobre sus hombros, y le dijo: «Una de las cosas que mas me agradan, y en que mis siervos me harán mayor servicio, es en ayudarme á llevar esta cruz; lo cual harán acompañándome con la consideracion en todas mis penas y trabajos, y sintiéndolos tiernamente en su corazon.» Y dichas estas palabras desapareció.

Vincencio, San Antonino y Surio, en la vida de San Etmundo, arzobispo de Canturbel, en Inglaterra, cuenta (1), que siendo este Santo niño de poca edad, y estudiando en la universidad de Oxonia los principios de gramática, yendo un dia solo por el campo, ocupado en santas meditaciones, repentinamente se le apareció el niño Jesus blanco y colorado, como le pinta la Esposa (2), y dándosele á conocer, y trabando con él algunas suavísimas pláticas, entre otras cosas le aconsejó y encomendó mucho que de alli adelante pensase todos los dias en algun misterio de su Vida, Pasion y Muerte sacratísima; asegurándole que esto le seria de grande ayuda y socorro contra el demonio y sus asechanzas, y eficazísimo remedio para alcanzar y conservarse en toda virtud, y para despues tener una buena y dichosa muerte. Y dicho este tan saludable consejo desapareció, dejando al niño Etmundo con gran consuelo en su corazon. Y desde entonces puso diligencia en meditar todos los dias á las noches algun misterio de la Vida ó Pasion de Cristo nuestro Señor; y de esta meditacion sacaba gran devocion, y no menos provecho y remedio para todas sus cosas.

En la Historia de santo Domingo (3) se escribe de un religioso de aquella sagrada

(1) Vincentius in Speculo historiali.—Antonino, 3 part. histor.—Quos refert Surius, tom. 6. (2) Cant. V, 10. (3) Part. 1, lib. 1, cap. 61 de la Historia de la orden de los Predicadores.

orden, aleman de nacion, y de mucha virtud y santidad, que desde muy mozo tuvo particularísima devocion á la Pasion de Cristo, en la cual solia pensar muy á menudo con gran sentimiento y lágrimas, y reverenciar sus Sacratísimas Llagas, diciendo á cada una de ellas aquellas palabras de la Iglesia (1): «Adorámote Cristo, y bendecímoste, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.» Y diciéndolas, hincaba cinco veces las rodillas en el suelo, rezando cada vez la oracion del Pater noster y suplicando á Dios le diese su santo temor y amor. Y cuán acepta y agradable le fuese esta devocion, lo mostró bien en una singular merced y regalo que le hizo, estando en oracion, apareciéndosele Cristo nuestro Redentor muy benigno y humano, y convidándole á que llegase sin miedo á gozar de sus Llagas: lo cual él hizo con profunda reverencia y humildad, llegando la boca á ellas, y de ello fué tanta la suavidad y dulzura que sintió en su ánima, que de alli adelante todo lo que no era Dios le era amargura y tormento increíble.

Lipomano y Surio cuentan (2) del santo abad Palemon, maestro de San Pacomio, que habiéndole un dia de Pascua de Resurreccion aderezado Pacomio, para la comida, las hortalizas ordinarias con un poco de aceite y sal, por ser el dia que era, soliendo los demas dias comer solas yerbas con un poco de sal: viéndolas el santo viejo guisadas con aceite, comenzó á llorar y derramar muchas lágrimas acordándose de la Pasion del Señor, y diciendo: «Mi Señor fué puesto en una cruz, y ¿habia yo de atreverme á comer aceite? nunca Dios tal quiera (3).» Replicóle su discípulo Paco-

(1) Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per Crucem sanctam tuam redemisti mundum. (2) Lipom. et Surius, in vita S. Pacomii, mense junii. (3) Dominus meus crucifixus est, et ego nunc oleum comedam?

mio, que era Pascua, y que por serlo, se podia permitir aquel regalo; pero por mucha instancia que le hizo á que las probase, no lo pudo acabar con él.

Cuéntase de un cautivo cristiano (1), que era muy devoto de la Pasion de Cristo, y por la continúa memoria que de ella traia, andaba siempre triste y lloroso: viéndole asi el tirano, á quien servia, preguntábale algunas veces por qué andaba triste y no se alegraba con los demas compañeros: él siempre le respondia que no podia mas, porque traia en su corazon impresa la Pasion del Señor. Oyendo esta respuesta el tirano, quiso ver si decia verdad; y haciéndole abrir el pecho y sacar el corazon, hallaron dentro de él una imágen de Cristo crucificado, perfectísimamente formada, la cual maravilla fué parte para que el tirano se convirtiese á la fé.

Semejante es á esto lo que se cuenta de la Santa Virgen Clara de Monte Falco (2), que habiendo sido en su vida muy devota de la Pasion de Cristo, despues de muerta fué hallado en su corazon, á la una parte de él, una imágen de Cristo crucificado con tres clavos, lanza, esponja y caña, todo hecho de la misma carne de la Santa perfectísimamente; y á la otra parte estaban los azotes de cinco ramales, la columna y corona de espinas, la cual maravilla hasta hoy dia se muestra en Monte Falco, lugar de Italia.

(1) Fr. Thom. Cantipatrensis, lib. 1 de apibus, cap. ultim. (2) Part. 2, lib. 4, cap. 22 de la Crónica de San Francisco.